

CÉSAR
VIDAL



MENTIRAS

DE LA HISTORIA

... de uso común

«Las mentiras históricas nunca han sido inocentes». Con este libro del que en poco tiempo se han vendido varias ediciones, César Vidal quiere desenmascarar esas mentiras que no resisten el menor análisis histórico riguroso, pero que gozan de amplio predicamento precisamente porque se han difundido de manera asfixiante con fines propagandísticos.

Expone a la luz de la verdad las tergiversaciones que han sufrido una veintena de sucesos clave para la historia del hombre —desde el cristianismo hasta nuestra guerra civil—, y nos acerca a la Historia auténtica, la que desbarata los mitos.

A los profesionales de la COPE, d. El Mundo y d. Libertad Digital, que tanto trabajan cotidianamente para que, a pesar de lo que desean serviles comisarios políticos, ciertas mentiras interesadas no pasen a la Historia. España nunca pagará bastante la deuda que tiene contraída con ellos por su valor, honradez y veracidad.

Introducción

BASTA repasar las primeras páginas de la Biblia para encontrarse con el hecho de que la desgracia del género humano comenzó con la original logró que Eva creyera sus embustes, la primera pareja entró por el camino del desastre. La mentira de la serpiente estaba cargada de astucia en su pasmosa sencillez. Tan sólo ofrecía un imposible deseable —ser como Dios—, negaba las consecuencias de los actos cometidos bajo su impulso y cargaba las culpas sobre otros.

Se discute si Adán creyó lo que le decía su mujer o si, como pretendía Milton, simplemente decidió unirse a ella por temor a perderla. Fuera como fuese, los resultados de aquel embaucamiento difícilmente pudieron ser más deplorables. De hecho, si creemos lo que afirma el relato del Génesis, allí se encuentra el origen de todas nuestras desdichas.

Sea cual sea la opinión que se tenga de lo relatado en el Génesis debe reconocerse como mínimo que constituye un claro paradigma de las mentiras históricas. Éstas nunca han sido inocentes. No derivan —como sería legítimo— de la falibilidad humana, del escaso conocimiento que tenemos de algunos hechos o de la especulación. No, en realidad las mentiras que se encarnan en la Historia suelen tener una intencionalidad ideológica clara. Mediante su uso se pretende legitimar causas no pocas veces ilegítimas, in-

ventar justificaciones para el presente, desviar las propias responsabilidades hacia otros, encontrar chivos expiatorios de los pecados propios e incluso desculpabilizar las mayores atrocidades. Como muy acertadamente señaló Orwell en 1984 al describir lo que sería un futuro sometido a un régimen socialista, las mentiras históricas pretenden alterar la imagen del pasado para así apoderarse del presente y dominar el futuro.

Las mentiras recogidas en este volumen —una veintena de entre cientos que podríamos haber señalado— son, en su aplastante mayoría, de ese jaez. Con ellas se pretende legitimar el uso del terrorismo, el desmembramiento de España, el sometimiento y la anexión de regiones, o el ejercicio de formas de poder cuya carga letal ha quedado más que demostrada. Ninguna de ellas resiste el menor análisis histórico riguroso. Sin embargo, gozan de amplio predicamento precisamente porque se han difundido de manera asfixiante con fines propagandísticos.

Resulta indispensable, por tanto, su desenmascaramiento, y no sólo por lo que tienen de falsas en términos científicos, sino, sobre todo, por las terribles consecuencias que vienen acarreado desde hace tiempo. No nos engañemos. La mayoría de las mentiras recogidas en este volumen ha tenido como fruto directo el derramamiento de sangre inocente, pero su potencial destructivo futuro es aún mayor.

Comenzaba esta breve introducción citando la Biblia. Permítaseme volver a ella para concluirla y, más concretamente, a aquellas palabras de Jesús recogidas en el Evangelio de Juan, las que afirman que «la Verdad os hará libres». No tengo la menor duda de que hay Verdad y Vida en esa cita, amén de un notable Camino que todos deberíamos seguir. Sin Verdad, no hay posibilidad de vivir libremente, por más que algún majadero solemne y vacío haya pretendido enmendarle la plana al rabino de Nazaret afirmando que la libertad es la que nos hace verdaderos. No

les entretengo más. La Historia —la verdadera, la que deshace mitos— les está esperando.

Madrid-Key Bizcayne-Madrid, primavera y verano de 2006

Mentira I

Jesús no es mencionado fuera de las fuentes cristianas

NO existe personaje histórico sobre el que se hayan escrito más inexactitudes que Jesús de Nazaret. No sólo eso. Determinadas afirmaciones incluso han terminado adquiriendo algo parecido a la carta de naturaleza y se repiten de manera acrítica vez tras vez. Una de ellas es la que insiste en que Jesús no aparece mencionado en fuentes históricas distintas de las contenidas en el Nuevo Testamento. A decir verdad, es exactamente todo lo contrario.

LAS referencias históricas sobre Jesús son relativamente abundantes. Aparte de los cuatro Evangelios canónicos —Mateo, Marcos, Lucas y Juan—, el Nuevo Testamento contiene otros veintitrés libros en los que se recogen datos sobre la vida y la enseñanza de Jesús. A estas fuentes se añaden distintos escritos apócrifos de valor desigual y referencias patrísticas que pueden situarse todavía en el siglo I. Sin embargo, precisamente por los orígenes de esas fuentes —cristianos y heréticos— resulta de interés preguntarse si hay otras más, históricas, que mencionen a Jesús y, sobre todo, si éstas son distintas de las cristianas. La respuesta es rotundamente afirmativa.

Las primeras referencias a Jesús fuera del marco cultural y espiritual del cristianismo las encontramos en fuentes clásicas. A pesar de ser limitadas, tienen una importancia considerable porque surgen de un contexto cultural previo al Occidente cristiano y porque —de manera un tanto injustificada— son ocasionalmente las únicas extrabíblicas conocidas incluso por personas que se presentan un tanto alegremente como especialistas en la Historia del cristianismo primitivo. La primera de esas referencias la hallamos en Tácito. Nacido hacia el 56-57 d.C., Tácito desempeñó los cargos de pretor (88 d.C.) y cónsul (97 d.C.), aunque su importancia radica fundamentalmente en haber sido el autor de dos de las grandes obras históricas de la Antigüedad clásica: los *Anales* y las *Historias*. Fallecido posiblemente durante el reinado de Adriano (117-138 d.C.), sus referencias his-

tóricas son muy cercanas cronológicamente en buen número de casos.

Tácito menciona de manera concreta el cristianismo en *Anale*. XV, 44, una obra escrita hacia el 115-117. El texto señala que los cristianos eran originarios de Judea, que su fundador había sido un tal Cristo —resulta más dudoso saber si Tácito consideró la mencionada palabra como título o como nombre propio— ejecutado por Pilato y que durante el principado de Nerón sus seguidores ya estaban afincados en Roma, donde no eran precisamente populares.

La segunda mención de Jesús en las fuentes clásicas la encontramos en Suetonio. Aún joven durante el reinado de Domiciano (81-96 d.C.), Suetonio ejerció la función de tribuno durante el de Trajano (98-117 d.C.) y la de secretario *ab epistulis* en el de Adriano (117-138), cargo del que fue cesado por su mala conducta. En su *Vida de los doce asesores* (Claudio XXV), Suetonio menciona una medida del emperador Claudio encaminada a expulsar de Roma a unos judíos que ocasionaban tumultos a causa de un tal «Cresto». Los datos coinciden con lo consignado en algunas fuentes cristianas que se refieren a una temprana presencia de cristianos en Roma y al hecho de que en un porcentaje muy elevado eran judíos en aquellos primeros años. Por añadidura, el pasaje parece concordar con lo relatado en Hechos 18, 2 y podría referirse a una expulsión que, según Orosio (VII, 6, 15), tuvo lugar en el noveno año del reinado de Claudio (49 d.C.). En cualquier caso, no pudo ser posterior al año 52.

Una tercera referencia en la Historia clásica la hallamos en Plinio el Joven (61-114 d.C.). Gobernador de Bitinia bajo Trajano, Plinio menciona a los cristianos en el décimo libro de sus *Carta*. (X, 96, 97). Por él sabemos que consideraban Dios a Cristo y que se dirigían a él con himnos y oraciones. Gente pacífica, pese a los maltratos recibidos en ocasiones por parte de las autoridades romanas, no dejaron de contar con abandonos en sus filas.

A mitad de camino entre el mundo clásico y el judío nos encontramos con la figura de Flavio Josefo. Nacido en Jerusalén el año primero del reinado de Calígula (37-38 d. C.), y perteneciente a una distinguida familia sacerdotal cuyos antepasados —según la información que nos suministra Josefo— se remontaban hasta el periodo de Juan Hircano, este historiador fue protagonista destacado de la revuelta judía contra Roma que se inició en el año 66 d.C. Fue autor, entre otras obras, de *La guerra de los judíos* y *Las Antigüedades de los judíos*. En ambas obras encontramos referencias relacionadas con Jesús. La primera se halla en Ant. XVI-II, 63, 64, y su texto en la versión griega es como sigue:

«Vivió por esa época Jesús, un hombre sabio, si es que se le puede llamar hombre. Porque fue hacedor de hechos portentosos, maestro de hombres que aceptan con gusto la verdad. Atrajo a muchos judíos y a muchos de origen griego. Era el Mesías. Cuando Pilato, tras escuchar la acusación que contra él formularon los principales de entre nosotros lo condenó a ser crucificado, aquellos que lo habían amado al principio no dejaron de hacerlo. Porque al tercer día se les manifestó vivo de nuevo, habiendo profetizado los divinos profetas estas y otras maravillas acerca de él. Y hasta el día de hoy no ha desaparecido la tribu de los cristianos». (Ant. XVIII, 63-64).

El segundo texto en *Antigüedades*. XX, 200-203 afirma:

«El joven Anano... pertenecía a la escuela de los saduceos que son, como ya he explicado, ciertamente los más desprovistos de piedad de entre los judíos a la hora de aplicar justicia. Poseído de un carácter así, Anano consideró que tenía una oportunidad favorable porque Festo había muerto y Albino se encontraba aún de camino. De manera que convenció a los jueces del Sanhedrín y condujo ante ellos a uno llamado Santiago, hermano de Jesús el llamado Mesías y a algunos otros. Los acusó de haber transgredido la Ley y ordenó que fueran lapidados. Los habitantes de la ciudad que eran considerados de mayor moderación y que eran estrictos en la observancia de la Ley se ofendieron por aquello. Por lo tanto en-

viaron un mensaje secreto al rey Agripa, dado que Anano no se había comportado correctamente en su primera actuación, instándole a que le ordenara desistir de similares acciones ulteriores. Algunos de ellos incluso fueron a ver a Albino, que venía de Alejandría, y le informaron de que Anano no tenía autoridad para convocar el Sanhedrín sin su consentimiento. Convencido por estas palabras, Albino, lleno de ira, escribió a Anano amenazándolo con vengarse de él. El rey Agripa, a causa de la acción de Anano, lo depuso del Sumo sacerdocio que había ostentado durante tres meses y lo reemplazó por Jesús, el hijo de Damneo».

Ninguno de los dos pasajes de las *Antigüedades* relativos al objeto de nuestro estudio es considerado de manera absoluta como auténtico, aunque es muy común aceptar la autenticidad del segundo texto y rechazar la del primero en todo o en parte. El hecho de que Josefo hablara en *Ant.* XX de Santiago como «hermano de Jesús llamado Mesías» — una alusión tan magra y neutral que no podría haber surgido de un interpolador cristiano— hace pensar que había hecho referencia a Jesús previamente. Esa referencia anterior acerca de Jesús sería la de *Ant.* XVIII 3, 3. La autenticidad de este pasaje no fue cuestionada prácticamente hasta el siglo XIX ya que, sin excepción, todos los manuscritos que nos han llegado lo contienen. Tanto la limitación de Jesús a una mera condición humana como la ausencia de otros apelativos hace prácticamente imposible que su origen sea el de un interpolador cristiano. Además, la expresión tiene paralelismos en el mismo Josefo (*Ant.* XVIII, 2, 7; X, 11, 2). Seguramente también es auténtico el relato de la muerte de Jesús, en el que se menciona la responsabilidad de los saduceos en la misma y se descarga de culpa a Pilato, algo que ningún evangelista (no digamos cristianos posteriores) estaría dispuesto a afirmar de forma tan tajante, pero que sería lógico en un fariseo como Josefo y más si no simpatizaba con los cristianos y se sentía inclinado a pre-

sentarlos bajo una luz desfavorable ante un público romano.

Otros aspectos del texto apuntan asimismo a un origen josefino: la referencia a los saduceos como «los primeros entre nosotros»; la descripción de los cristianos como «tribu» (algo no necesariamente peyorativo) (Comp. con *Gue-rr.* III, 8, 3; VII, 8, 6); etc. Resulta, por lo tanto, muy creíble que Josefo incluyera en las *Antigüedades* una referencia a Jesús como un «hombre sabio», cuya muerte, instada por los saduceos, fue ejecutada por Pilato, y cuyos seguidores seguían existiendo hasta la fecha en que él escribía. Más dudosas resultan la clara afirmación de que Jesús «era el Mesías» (Cristo) y las palabras «si es que puede llamársele hombre», así como la mención de la resurrección de Jesús. La referencia como «maestro de gentes que aceptan la verdad con placer» posiblemente sea también auténtica en su origen, si bien en la misma podría haberse deslizado un error textual al confundir (intencionadamente o no) el copista la palabra TAAEZE con TALEZE. En resumen, podemos señalar que el retrato acerca de Jesús que Josefo reflejó originalmente pudo ser muy similar al que señalamos a continuación:

«Jesús era un hombre sabio, que atrajo en pos de sí a mucha gente, si bien la misma estaba guiada más por un gusto hacia lo novedoso (o espectacular) que por una disposición profunda hacia la verdad. Se decía que era el Mesías y, presumiblemente por ello, los miembros de la clase sacerdotal decidieron acabar con él entregándolo con esta finalidad a Pilato, que lo crucificó. Pese a todo, sus seguidores, llamados cristianos a causa de las pretensiones mesiánicas de su maestro, DIJERON que se les había aparecido».

En el año 62, un hermano de Jesús, llamado Santiago, fue ejecutado por Anano, si bien, en esta ocasión, la muerte no contó con el apoyo de los ocupantes, sino que tuvo lugar aprovechando un vacío de poder romano en la re-

gión. Tampoco esta muerte habría conseguido acabar con el movimiento.

Aparte de los textos mencionados, tenemos que hacer referencia a la existencia del Josefo eslavo y de la versión árabe del mismo. Esta última, recogida por un tal Agapio en el siglo X, coincide en buena medida con la lectura que de Josefo hemos realizado en las páginas anteriores; sin embargo, su autenticidad resulta problemática. Su traducción al castellano dice así:

«En este tiempo existió un hombre sabio de nombre Jesús. Su conducta era buena y era considerado virtuoso. Muchos judíos y gente de otras naciones se convirtieron en discípulos suyos. Los que se habían convertido en sus discípulos no lo abandonaron. Relataron que se les había aparecido tres días después de su crucifixión y que estaba vivo; según esto, fue quizá el Mesías del que los profetas habían contado maravillas».

En cuanto a la versión eslava, se trata de un conjunto de interpolaciones no sólo relativas a Jesús sino también a los primeros cristianos.

Con todo, posiblemente la colección más interesante de textos relacionados con Jesús se halle en las fuentes rabínicas. Este conjunto reviste un enorme interés porque procede de los adversarios espirituales de Jesús y del cristianismo, porque resulta especialmente negativo en su actitud hacia el personaje y, de manera muy sugestiva, porque viene a confirmar buen número de los datos suministrados acerca de él por los autores cristianos.

Así, en el Talmud se afirma que Jesús realizó milagros. Ciertamente, insiste en que eran fruto de la hechicería (Sanh. 107; Sota 47b; J. Hag. II, 2), pero no los niega ni los relativiza. De la misma manera, se reconoce el seguimiento que tuvo en ciertos sectores del pueblo judío —un dato proporcionado también por Josefo— al señalar que sedujo a Israel (Sanh. 43a).

Este último dato reviste una enorme relevancia porque se relaciona con la razón de la muerte de Jesús. En las últimas décadas, por razones históricas fáciles de explicar, ha existido una tendencia muy acusada a distanciar a los judíos de la ejecución de Jesús. Si con ello se pretende decir que no todos los judíos de su época tuvieron responsabilidad en su ejecución y que los actuales no deben cargar con la culpa, la meta de semejante corriente historiográfica es correcta. Si, por el contrario, lo que se desea señalar es que la condena y muerte de Jesús fue un asunto meramente romano, entonces se falta a la verdad histórica. Los Evangelios indican que en el inicio del proceso que culminaría con la crucifixión de Jesús hubo una acción de las autoridades judías que le consideraban alguien que extraviaba al pueblo. El dato es efectivamente repetido por el Talmud, que incluso atribuye toda la responsabilidad de la ejecución en exclusiva a esas autoridades y que señala que lo colgaron —una referencia a la cruz— la víspera de Pascua (Sanh. 43a).

Aún de mayor interés son los datos que nos proporcionan las fuentes rabínicas sobre la enseñanza y las pretensiones de Jesús. En armonía con distintos pasajes de los Evangelios, el Talmud nos dice que Jesús se proclamó Dios e incluso se señala que anunció que volvería por segunda vez (Yalkut Shimeoni 725). Ambas doctrinas —la de la conciencia de divinidad de Cristo y la de su Parusía— han sido atacadas desde el siglo XIX como creaciones de los primeros cristianos desprovistas de conexión con la predicación original de Jesús. Curiosamente, son los mismos adversarios rabínicos de Jesús los que confirman en estos textos las afirmaciones de los Evangelios en contra de la denominada Alta crítica.

De enorme interés son también las referencias a la interpretación de la Torah que sustentaba Jesús. En las últimas décadas, en un intento por salvar la distancia entre el judaísmo y Jesús, se ha insistido en que la reinterpretación de

la Torah no se debía a Jesús sino a Pablo y a los primeros cristianos. De nuevo, la suposición es desmentida por los textos rabínicos. De hecho, se le acusa específicamente de relativizar el valor de la Ley, lo que le habría convertido en un falso maestro y en acreedor a la última pena. Este enfrentamiento entre la interpretación de la Torah propia de Jesús y la de los fariseos explica, por ejemplo, que algún pasaje del Talmud llegue incluso a representarlo en el otro mundo condenado a permanecer entre excrementos en ebullición (Guit. 56b-57a). Con todo, debe señalarse que este juicio denigratorio no es unánime y así, por ejemplo, se cita con aprecio alguna de las enseñanzas de Jesús (Av. Zar. 16b-17a; T. Julin II, 24).

El *Toledot Ieshu*, una obra judía anticristiana, cuya datación general es medieval, pero que podría ser de origen anterior, insiste en todos estos mismos aspectos denigratorios de la figura de Jesús, aunque no se niegan los rasgos esenciales presentados en los Evangelios sino que se interpretan bajo una luz distinta. Esta visión fue común al judaísmo hasta el siglo XIX y así, en las últimas décadas, se ha ido asistiendo junto a un mantenimiento de la opinión tradicional a una reinterpretación de Jesús como hijo legítimo del judaísmo aunque negando su mesianidad (J. Klausner), su divinidad (H. Schonfield) o aligerando los aspectos más difíciles de conciliar con el judaísmo clásico (D. Flusser). De la misma manera, los últimos tiempos han sido testigos de la aparición de multitud de movimientos que, compuestos por judíos, han optado por reconocer a Jesús como Mesías y Dios sin renunciar por ello a las prácticas habituales del judaísmo (Jews for Jesus, judíos mesiánicos, etc.).

Resumiendo, pues, puede señalarse que efectivamente contamos con fuentes históricas distintas de las cristianas para conocer la vida y la enseñanza de Jesús. Todas ellas eran hostiles —a lo sumo, indiferentes— pero, de manera muy interesante, corroboran la mayoría de los datos que conocemos por el Nuevo Testamento.